

Cuentos

Alicia en el país de las maravillas

(adaptado del cuento original de Lewis Carroll)

En 1865, el autor inglés Lewis Carroll—cuyo verdadero nombre era Charles Dodgson—presentó al mundo a una niña de nombre Alicia y el extraño y divertido mundo de Wonderland. Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas se hizo tan popular, que Carroll escribió otro libro, llamado *Through the Looking-Glass and What Alice Found There*.

Alicia empezaba a sentirse cansada de estar sentada en la banca junto a su hermana y de no tener nada que hacer: una o dos veces había ojeado el libro que su hermana leía, pero éste no tenía ni ilustraciones ni diálogos. “¡Y para qué sirve un libro”, pensaba Alicia, “si no tiene ni ilustraciones ni diálogos?”

Alicia estaba considerando, en su mente, si el placer de hacer una cadena de margaritas valía el esfuerzo de levantarse y recoger las margaritas. En eso pensaba (tanto como podía pensar, pues el día tan caluroso la hacía sentir aletargada y tonta), cuando repentinamente un conejo blanco de ojos rosados pasó corriendo cerca de ella.

Eso no tenía nada de particular y Alicia tampoco se sorprendió mucho cuando escuchó al conejo decirse a sí mismo: “¡Ay, querido, ay, querido, llegaré demasiado tarde!” Pero cuando el conejo sacó un reloj de su chaleco y lo miró, apurando el paso, Alicia se levantó, y llena de curiosidad, corrió a través del campo detrás del conejo, llegando justo a tiempo para ver que éste se metía a una gran madriguera que había bajo el seto.

ILUSTRACIÓN. *El conejo blanco.*

Enseguida se metió Alicia detrás de él, sin pensar para nada en cómo saldría después.

La madriguera repentinamente se hundió hacia abajo y Alicia sintió que caía en lo que parecía un pozo profundo.

Sea que el pozo fuera realmente profundo, o que Alicia caía muy lentamente, el hecho es que, mientras caía, Alicia tuvo tiempo de sobra para mirar alrededor y para preguntarse que pasaría luego. Miró los lados del pozo y se dio cuenta que estos estaban llenos de alacenas y estantes de libros.

“¡Bueno!” pensaba Alicia para sus adentros, “después de una caída como ésta, rodarse por las escaleras será cosa de nada.”

Abajo, abajo, abajo. ¿Es que nunca acabaría de caer? “Me pregunto cuántas millas habré caído hasta ahora”, dijo en voz alta. “Ya debo estar cerca al centro de la tierra. Veamos: eso sería cuatro mil millas hacia abajo, creo. Me pregunto si atravesaré toda la tierra. ¡Qué gracioso sería salir entre la gente que camina cabeza abajo! Tendré que preguntarles qué país es. Disculpe, señora, ¿ésta es Nueva Zelanda, o es Australia?”

Ya empezaba a sentirse amodorrada, cuando de pronto, ¡pum! ¡pum! Cayó sobre un montón de ramas y hojas secas.

Alicia no tenía ni una sola lastimadura. Miró hacia arriba: frente a ella se extendía otro largo pasaje, y el conejo blanco corría por él. Hacia allí corrió Alicia como el viento y justo alcanzó a escuchar que el conejo decía, mientras doblaba una esquina: “¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se está haciendo!” Alicia estaba casi detrás de él, pero al voltear la esquina, ya no vio al conejo. Se encontró en una sala larga y baja.

Alrededor de toda la sala había puertas, pero todas estaban cerradas con llave. Alicia se preguntaba tristemente cómo saldría de allí. De repente encontró una pequeña mesa de tres patas, hecha toda de vidrio sólido. Sobre ella no había nada más que una llavecita dorada. Pero, ¡vaya! ésta no abría ninguna de las puertas. Sin embargo, llegó hasta una cortina que no había visto antes y detrás de ella había una pequeña puerta de unas quince pulgadas de alto. Probó la llave en esa puerta y sí le cupo.

La puerta conducía hacia un pequeño pasaje, no mucho más grande que la madriguera de una rata. Alicia se puso de rodillas y vio que al final del pasaje había un jardín, el más bello que jamás se vio. ¡Cómo deseaba Alicia salir de esa oscura sala, anhelando llegar hacia ese macizo de flores brillantes y esas fuentes de agua fresca! Pero ni siquiera su cabeza pasaba por la puerta.

Le pareció que no valía la pena perder el tiempo en esa pequeña puerta, así que regresó a donde estaba la mesa. Esta vez encontró sobre ella una botellita (“que por cierto no estaba antes”, dijo Alicia) y amarrada al cuello de ésta había una etiqueta con la palabra “BÉBEME” escrita con letras grandes.

Estaba bien que dijera “Bébeme”, pero la pequeña y astuta Alicia no estaba dispuesta a hacer eso así porque sí. “No, primero voy a mirar y veré si dice ‘veneno’ o no”, pensó Alicia. Pero como no decía “veneno” en la botella, se aventuró a probar y como lo encontró muy agradable (tenía, en efecto, una mezcla de sabores de tarta de cerezas, flan, piña, pavo asado, toffee y tostadas calientes con mantequilla), se lo terminó muy pronto.

“¡Qué sensación tan curiosa!” dijo Alicia, que se estaba plegando como un telescopio. Ahora sólo medía diez pulgadas de alto, el tamaño perfecto para atravesar la pequeña puerta y llegar a ese adorable jardín. ¡Pero vaya con la pobre Alicia! Cuando llegó a la puerta se dio cuenta que se había olvidado la llavecita dorada y al regresar para llevarla, vio que no había forma de alcanzar la mesa. La pobre pequeñita se sentó en el suelo a llorar, pero de pronto su mirada recayó sobre una cajita de vidrio que había debajo de la mesa. Abrió la cajita y dentro había un pastelillo, en el cual las palabras “CÓMEME” estaban bellamente marcadas con grosellas. “Bueno, me lo comeré”, dijo Alicia y se lo terminó muy pronto.

“¡Curiósido y curiósido!” exclamó Alicia (pues estaba tan sorprendida que casi se había olvidado de hablar bien el idioma). “Ahora me estoy alargando tanto como el más largo telescopio que jamás haya existido! ¡Adiós pies!” Su cabeza chocó contra el techo de la sala; ahora medía más de nueve pies de alto, y de inmediato cogió la llavecita dorada y salió apurada hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo más que podía hacer era echarse de lado para mirar el jardín con un ojo, pero ya no tenía esperanza de pasar por allí; entonces se sentó y empezó a llorar nuevamente. Y así siguió, derramando galones de lágrimas, hasta que se formó una poza a su alrededor, de unas cuatro pulgadas de profundidad y que llegaba hasta la mitad de la sala.

Al rato escuchó a la distancia unos golpes de pisadas y se secó los ojos apresuradamente para ver quien venía. Era el conejo blanco que regresaba, vestido elegantemente, llevando en una mano un par de guantes blancos de cabritilla y en la otra un gran abanico. Rezongaba para sí mismo: “¡Ay, la Duquesa! ¡Ay, se va a enfadar si la sigo haciendo esperar!”

Alicia se sentía tan desesperada, que estaba dispuesta a pedir ayuda a quienquiera; así que cuando el conejo se iba acercando, le dijo, con voz queda y tímida: “Señor, ¿podría usted...?” El conejo se sobresaltó tan violentamente, que soltó los guantes blancos de cabritilla y el abanico y se escurrió en la oscuridad tan velozmente como pudo.

“¡Válgame Dios!” exclamó Alicia. “¡Qué extraño es todo hoy día!” Y mientras decía esto, se miró las manos, dándose cuenta que tenía puesto uno de los guantecitos blancos del conejo. “¿Cómo habré podido hacer eso?” pensó. “Debo estar achicándome otra vez.” Se encogía rápidamente, y al momento ¡splash! Estaba sumergida hasta la barbilla en agua salada, que no era otra cosa que la laguna de lágrimas que había derramado cuando medía nueve pies.

ILUSTRACIÓN. *La oruga y Alicia.*

Pronto Alicia se dirige hacia tierra seca y una vez más encuentra al conejo blanco. Éste la elude, dejando a Alicia, que se había encogido nuevamente, vagando por ahí, hasta que llegó a un lugar en el que había una oruga sentada sobre un hongo, fumando una especie de pipa de agua llamada hookah.

Alicia se puso en puntas de pie, tratando de atisbar sobre el borde del hongo, cuando sus ojos se encontraron directamente con los de una gran oruga azul. La oruga y Alicia se miraron en silencio por cierto tiempo. Finalmente, la oruga se sacó la hookah de la boca y se dirigió a Alicia con voz lánguida y soñolienta:

“¿Quién eres tú?” preguntó la oruga.

Alicia respondió, tímidamente: “Yo—ya no sé bien quién soy, por ahora—al menos sé quién era cuando me levanté esta mañana, pero creo que debo haber cambiado varias veces desde entonces.”

“¿Qué quieres decir con eso?” dijo la oruga bruscamente. “¡Explícate!”

“Me temo que no me puedo explicar, señor”, le respondió Alicia, “porque ya no soy yo, usted ve.”

“Yo no veo”, replicó la oruga.

“Siento no poder ponerlo más claramente”, le dijo Alicia, “porque ser de tantos tamaños diferentes en un mismo día resulta muy confuso.”

“No lo es”, dijo la oruga.

Alicia se sintió un poco irritada por las cortas observaciones que hacía la oruga. Y como ésta parecía estar de muy mal humor, Alicia se dio vuelta y empezó a alejarse.

“¡Vuelve acá!” la llamó la oruga. “¡Tengo algo importante que decirte!”

Eso le sonó prometedor, así que Alicia dio la vuelta y se acercó nuevamente.

“Controla tu mal genio”, le dijo la oruga.

“¿Eso es todo?” replicó Alicia, tragándose la rabia lo mejor que podía.

“¿Ahora estás contenta?” preguntó la oruga.

“Bueno, me gustaría ser un poquito más grande, señor, si no le importa”, le respondió Alicia. “Tres pulgadas es una lastimera estatura.”

“¡Esa es una muy buena estatura, ya lo creo!” exclamó la oruga, al tiempo que se empinaba lo más que podía (es que medía exactamente tres pulgadas). “Con el tiempo te acostumbrarás”, le dijo, y empezó a fumar nuevamente.

Uno o dos minutos después, la oruga se sacó la hookah de la boca, bostezó una o dos veces, y se sacudió. Luego se bajó del hongo y se empezó a alejar, arrastrándose por el pasto y diciendo mientras se iba: “Un lado te hará crecer y el otro te achicará.”

“¿Un lado de qué? ¿El otro lado de qué?” se preguntaba Alicia.

“Del hongo”, dijo la oruga, como si se lo hubiera preguntado en voz alta, y al momento desapareció de vista.

Alicia estiró los brazos rodeando al hongo y con cada mano arrancó un pedacito del borde. Con mucho cuidado, mordió primero un lado, luego el otro, y así, después de varias violentas estiradas y encogidas, se las arregló para quedar con su estatura normal.

Alicia siguió vagando hasta llegar donde había un gato—el gato Cheshire—sentado en la rama de un árbol, sonriendo de oreja a oreja.

“Gato Cheshire”, empezó a decir Alicia tímidamente, “¿podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de acá?”

“Eso depende mucho de a dónde quieres ir”, respondió el gato.

“No me importa mucho dónde ...” empezó a decir Alicia.

“Entonces no importa por qué camino vas”, dijo el gato.

“... con tal que llegue a algún sitio”, continuó Alicia.

“Ah, seguro lo lograrás, si sigues caminando lo suficiente”, dijo el gato.

Alicia intentó con otra pregunta: “¿Qué clase de gente vive acá?”

“En esa dirección”, apuntó el gato, meneando su pata derecha, “vive un sombrerero, y en esa dirección”, dijo meneando la otra pata, “vive una liebre caminante. Visita a quien prefieras: total, ambos están locos.”

“Pero yo no quiero ir donde hay gente loca”, remarcó Alicia.

“Ah, no puedes hacer nada al respecto. Acá todos estamos locos”, dijo el gato, y se desvaneció lentamente, empezando con la punta de la cola y terminando con la enorme sonrisa, la que permaneció algún tiempo después que el resto se había desvanecido.

“¡Vaya! Una sonrisa sin gato. Es la cosa más curiosa que he visto”, pensó Alicia.

No había caminado mucho, cuando llegó a una casa, y frente a ésta, había una mesa puesta bajo un árbol. La Liebre Caminante loca y el Sombrerero loco estaban sentados

tomando el té, y sentado entre ellos había un Lirón profundamente dormido. La mesa era bastante grande, pero todos estaban sentados muy juntos en una esquina de ésta. Cuando vieron que Alicia se acercaba, se pusieron a gritar “¡No hay sitio, no hay sitio!”

“¡Hay mucho sitio!” respondió Alicia indignada, y se sentó a la cabecera de la mesa, en una gran silla con brazos.

ILUSTRACIÓN. ¡Vaya reunión de té!

“Toma un poco de vino”, dijo la Liebre Caminante.

Alicia miró hacia la mesa. “Yo no veo ningún vino”, remarcó.

“Es que no hay vino”, dijo la Liebre.

“Entonces no es muy cortés de tu parte ofrecerlo”, dijo Alicia molesta.

“Tampoco fue cortés de tu parte sentarte a la mesa sin haber sido invitada”, replicó la Liebre.

El Sombrerero, que había estado mirando a Alicia, le preguntó: “¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?”

“¡Acertijos! Ahora tendremos un poco de diversión”, pensó Alicia. Y en voz alta, dijo: “Creo que puedo adivinar eso.”

“¿Quieres decir que piensas poder encontrar la respuesta?” dijo la Liebre.

“Exactamente”, afirmó Alicia.

“Entonces deberías decir a lo que te refieres”, prosiguió la Liebre.

“Lo hago”, respondió Alicia. “Al menos—al menos me refiero a lo que digo—que es la misma cosa, ustedes saben.”

“¡No es la misma cosa!” dijo el Sombrerero. “Entonces podrías decir que ‘Yo veo lo que como’ y ‘Yo como lo que veo’ es la misma cosa.”

“Podrías también decir”, añadió el Lirón, quien parecía hablar dormido, “que ‘Yo respiro cuando duermo’ es la misma cosa que ‘Yo duermo cuando respiro’.”

“Contigo, eso sí es la misma cosa”, le respondió el Sombrerero, y dirigiéndose nuevamente a Alicia, le preguntó: “¿Ya adivinaste el acertijo?”

“No, me rindo”, respondió Alicia. “¿Cuál es la respuesta?”

“No tengo ni la menor idea”, le respondió el Sombrerero.

“Ni yo”, dijo la Liebre.

Alicia pensó: “Esta es la reunión de té más tonta a la que jamás haya ido en mi vida.”

Alicia vive muchas más aventuras en el país de las maravillas. Se encuentra con un manojito de cartas que caminaba, gobernado por la temible Reina de Corazones, quien responde a todo el mundo gritando “¡Fuera con tu cabeza!”—¡incluyendo a Alicia! Disfrutarás leyendo sobre la Reina y Alicia en la obra completa de “Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas.”

Aladino y la lámpara maravillosa

Esta historia y la que sigue: “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, provienen de un libro llamado Las mil y una noches. Empieza con la historia de un cruel sultán persa, que elige cada día a una nueva esposa y la mata antes del amanecer. Pero una inteligente joven, Sheherezada, resultó más lista que él. Cuando le llegó el turno de ser la esposa del sultán, le empezó a contar historias tan fascinantes, que él no podía esperar hasta escuchar la siguiente. Cuando iba por las 1001 historias, el sultán ya se había enamorado de ella, así que le perdonó la vida. El compositor ruso Rimsky-Korsakov escribió dos piezas musicales sobre Sheherezada y sus historias. Puedes aprender más sobre ellas en la sección de música de este libro, en la página 195.

Había una vez un muchacho holgazán y bueno para nada llamado Aladino. Cuando su padre, que era sastre, murió, su madre tuvo que ganarse la vida trabajando con la rueca.

Un día un extraño se le acercó a Aladino.

“Dime, hijo mío”, le dijo el extraño. “¿No eres tú el hijo del sastre?”

Aladino le respondió que sí, y el hombre lo rodeó con sus brazos. “¡Mi querido sobrino!” clamaba, “¡Tu padre era mi hermano, y ahora me entero que ha muerto!”

Aladino se lo presentó a su madre, quien nunca en su vida había escuchado que su esposo tuviera un hermano. Sin embargo, lo recibió con amabilidad, y cuando el hombre prometió que establecería a Aladino en los negocios como mercader, ella le creyó,

Pero el extraño era en realidad un mago que venía de la lejana África. Había llegado a China en busca de la lámpara mágica, que se sabía, daba todas las riquezas que uno pudiera imaginar. Para encontrar la lámpara mágica, el mago necesitaba de alguien que lo ayudara sin hacer preguntas. Pensó que Aladino era la persona indicada.

Al día siguiente, el mago llegó a recoger a Aladino. “Ven conmigo”, le dijo. “Te voy a presentar a los otros mercaderes.” Acto seguido, condujo al muchacho hacia el campo.

Una vez allí, ascendieron por una empinada cuesta hasta un punto en el que ya ni crecían plantas. “Recoge una pila de leños para hacer una fogata y te mostraré algo maravilloso”, le ordenó el mago. Aladino hizo lo que le dijo. El mago encendió el fuego, arrojó en él perfumes y pronunció unas palabras mágicas. De pronto el cielo se oscureció y la tierra se abrió a sus pies. Allí, frente a ellos, había una enorme piedra con una argolla de bronce incrustada en ella.

“Debajo de esta piedra está el tesoro que te hará más rico que un rey”, dijo el mago. “Levanta la piedra con la argolla y baja las escaleras. Pasarás por muchas riquezas, pero no debes tocar nada. Llegarás a un jardín, donde verás una lámpara colgando de un árbol de frutas. Tráeme la lámpara. Una vez que la tengas, puedes recoger cualquiera de las frutas que veas.”

Aladino no podía creer lo que se le estaba pidiendo hacer, pero aceptó. Y el mago, quitándose un anillo que traía puesto, se lo dio a Aladino diciendo: “Toma este anillo; te protegerá de cualquier peligro.”

Aladino levantó la piedra, bajó las escaleras y siguió el camino a través de un pasadizo de objetos que brillaban, que tuvo cuidado de no tocar. Cuando encontró la lámpara, se la metió dentro de su camisa, pero luego no pudo resistir la tentación de llenar sus bolsillos con los objetos brillantes que vio. El no sabía que se trataba de joyas preciosas. Sólo pensaba: “Voy a juntar todas estas frutas de vidrio para jugar en casa.”

Todas esas joyas pesaban tanto, que cuando Aladino llegó a lo alto de la escalera, no pudo salir. “Dame la mano, tío”, le pidió.

“Primero dame la lámpara”, le respondió el mago.

Pero la lámpara estaba debajo de todas las joyas que Aladino llevaba. “No la puedo alcanzar ahora”, le dijo.

“¡Alcánzame!” insistió el mago.

“¡Pero no puedo!” respondió Aladino.

La ira del mago iba en aumento. “¡La lámpara!” gritaba, porque eso era todo lo que le preocupaba.

Pero Aladino no quería deshacerse de ninguna de las joyas. “Te la daré cuando haya salido”, le dijo.

ILUSTRACIÓN

El mago, impaciente, pronunció un canto mágico. La piedra se cerró, quedando Aladino atrapado en la oscuridad de la cueva. Llamó miles de veces a su tío para que lo ayudara, pero el mago, de un rápido movimiento, se había transportado al Africa. Todo lo que le interesaba era la lámpara y si Aladino no lo podía ayudar a conseguirla, lo que le pasara al muchacho no le importaba en absoluto.

Durante tres días Aladino permaneció en la cueva, que era oscura como la boca del lobo, llorando y gritando. Finalmente, juntó sus manos y se puso a rezar. Al hacerlo frotó el anillo que el mago le había dado. Instantáneamente, frente a él apareció un genio, que le dijo: “Soy esclavo de quien lleve puesto el anillo. ¿Cuál es tu deseo?”

Aladino se asustó con el genio, pero le dijo: “¡Sácame de esta cueva!”. No bien había terminado de decir esa frase, cuando se encontró fuera de la cueva. Corrió a su casa para contarle a su madre lo que había pasado. Le mostró las joyas, y ella pensó también que se trataba de frutas de colores. Luego le mostró la lámpara.

“Está muy sucia”, le dijo la madre de Aladino. “Si la limpio, tal vez podría venderla y comprar algo de comida.” Así que cogió un trapo y empezó a frotarla. Repentinamente, se apareció un genio monstruoso, mucho más grande que el que se le había aparecido a Aladino cuando frotó el anillo.

“Soy esclavo de aquél que posea la lámpara”, dijo el genio con voz de trueno. “¿Cuál es tu deseo?”

La pobre mujer casi se desmaya del susto. Aladino le ordenó al genio: “¡Tenemos hambre! Tráenos algo de comer.”

En un abrir y cerrar de ojos, el genio retornó con doce platos de plata colmados de comida. Aladino y su madre comieron hasta hartarse. Luego vendieron los platos de

plata y compraron más comida.

Un día, estando en el mercado, Aladino vio pasar a la hija del sultán. Era tan hermosa que se enamoró de ella a primera vista. Fue a decirle a su madre que quería a la princesa por esposa.

“¿Has perdido la razón?” le dijo su madre. “¿Tu padre fue un pobre sastre!”

“Toma las bellas frutas de vidrio y llévaselas de regalo al sultán”, respondió Aladino.

Su madre aceptó. “Oh, señor sultán”, le dijo cuando estuvo frente a él, “mi hijo, de nombre Aladino, desea casarse con su hija.”

El sultán estalló en risa. “¿Tu hijo y mi hija?” exclamó.

La madre de Aladino desenvolvió su pañuelo y le mostró las joyas, que iluminaron la habitación. “Nunca había visto joyas de tal tamaño y tan radiantes”, pensó el sultán.

“Tu hijo se casará con mi hija”, le dijo a la mujer, “pero sólo después de que envíe cuarenta esclavos, cada uno de ellos llevando una jofaina de oro llena de joyas como éstas.”

Cuando supo del requerimiento del sultán, Aladino frotó la lámpara. El genio reapareció y Aladino le repitió los deseos del sultán. Al instante el genio retornó con cuarenta esclavos y cada uno de ellos llevaba sobre la cabeza una gran jofaina de oro, llena de perlas y diamantes, rubíes y esmeraldas.

Al ver esto, el sultán accedió a que Aladino se casara con su hija.

Aladino estaba encantado. Volvió a frotar la lámpara y ordenó al genio preparar una boda de estilo principesco. Los esclavos le trajeron ropas finísimas, dulces perfumes y un espléndido caballo, en el que llegó montado a la boda. Los esclavos arrojaron piezas de oro a las manos de toda la gente que se alineaba en las calles para verlo pasar. Le ordenó también al genio que le construyera un palacio junto a la casa del sultán, con cocinas llenas de platos de oro y establos llenos de hermosos caballos. Por último, a pedido de Aladino, el genio puso una mullida alfombra entre la casa del sultán y el palacio de Aladino para que los pies de su novia no tocaran el suelo.

Cuando el sultán vio tal magnificencia, se convenció que Aladino era el esposo apropiado para su hija. La boda se celebró con un festín y música que duraron todo el día y toda la noche. Aladino pensaba que su vida no podía ser más perfecta.

Pero el peligro acechaba a lo lejos. El mago oyó rumores sobre la buena fortuna de Aladino. “¿Ese muchacho bueno para nada? Seguramente es la magia de la lámpara”, dijo, y al instante estaba de regreso en China. Se disfrazó de ropavejero y puso unas cuantas lámparas brillantes en una canasta. Mientras se acercaba a la casa de Aladino, iba gritando: “¡Cambio lámparas viejas por nuevas!”

Sucedió que justo esa mañana Aladino se había ido de cacería. Su esposa, la princesa, escuchó la voz del hombre en la calle. “Tenemos una lámpara vieja y fea”, pensó. “Me dará gusto cambiarla por una nueva.” Dicho esto, le entregó al falso ropavejero la lámpara de Aladino.

Inmediatamente el mago frotó la lámpara y el genio apareció.

“Lleva el palacio de Aladino y todo lo que hay en él a mi país de África”, le ordenó

el mago al genio.

“Escucho y obedezco”, respondió el genio.

A la mañana siguiente, cuando el sultán se asomó por la ventana, vio que el palacio y su hija habían desaparecido. Envío a sus soldados a buscar a Aladino y éstos lo llevaron a la fuerza ante el sultán. “Encuentra a mi hija”, dijo con ira. “¡Si no lo logras, morirás!”

El pobre Aladino vagó hasta muy lejos de la ciudad. Caminaba junto a un río, y frotó sus manos, pensando qué hacer. El genio del anillo apareció una vez más, preguntando, “¿Cuál es tu deseo?”

“Tráeme mi palacio y a mi amada esposa de vuelta”, le pidió Aladino.

“Esa tarea corresponde sólo al genio de la lámpara”, le respondió el genio.

“Entonces llévame a donde está mi esposa.”

Al instante, Aladino apareció en África. Su esposa lo recibió con alegría. Cuando Aladino escuchó la historia, supo que el mago había usado la lámpara para realizar su malvada acción. Entonces hicieron un plan para recuperar la lámpara.

Aladino se ocultó y la princesa ofreció al genio una gran cena. Dentro de su copa de vino virtió un polvo envenenado. Apenas el genio bebió un trago del vino, cayó al suelo, muerto.

Aladino corrió y halló la lámpara, escondida en una de las mangas del mago. La frotó y el monstruoso genio apareció. “¿Cuál es tu deseo?” preguntó con voz de trueno el genio.

“Lleva este edificio con todo lo que hay en él”, le ordenó Aladino, señalando el palacio. “Llévalo a China y colócalo junto a la casa del sultán.”

“Escucho y obedezco”, respondió el genio, y el palacio fue levantado por los aires.

A la mañana siguiente, cuando el sultán se levantó y salió a la ventana, se llenó de alegría al ver allí a su hija nuevamente. Feliz, ordenó un mes de celebraciones. Desde entonces, Aladino vivió con la princesa en paz, con felicidad y seguridad. Cuando el viejo sultán murió, Aladino heredó el trono y gobernó con justicia para toda la gente, ricos y pobres.

ILUSTRACIÓN

Alí Babá y los cuarenta ladrones

Esta es otra de las historias que Sheherezada le contó al sultán de Persia para salvar su vida, y que está incluida en Las mil y una noches.

Hace muchos años vivían en Persia dos hermanos: Cassim y Alí Babá. El hermano mayor se había casado con la hija de un rico mercader y vivía muy bien. Pero Alí Babá había desposado a una mujer pobre y apenas tenían para sobrevivir.

ILUSTRACIÓN

Un día, Alí Babá iba a su casa después de cortar leña, cuando vio una tropa de jinetes cabalgando a toda velocidad, que venía hacia él. Escondiéndose entre los arbustos, alcanzó a ver que los jinetes, que eran cuarenta, se apeaban de sus caballos. Cada uno de ellos ponía en el suelo una pesada alforja, y Alí Babá empezó a comprender que ése era el lugar donde los ladrones escondían su tesoro.

Uno de ellos se paró frente a una roca y exclamó: “¡Ábrete, sésamo!” Dicho esto, apareció una puerta sobre la roca. Los ladrones entraron y la puerta se cerró detrás de ellos. Alí Babá esperó en silencio. Al rato, la puerta se abrió nuevamente. Conforme pasaban, el jefe de la banda los contaba uno por uno. Cuando todos habían salido, volvió a exclamar: “¡Ciérrate, sésamo!” La puerta que había en la roca se cerró.

Cuando los ladrones se marcharon, Alí Babá intentó hacer el truco mágico. “¡Ábrete, sésamo!”, gritó, y la puerta se abrió. Adentro había una habitación enorme, llena de bolsas con tesoros y montones de monedas. Alí Babá tomó unas pocas bolsas de monedas —sólo unas pocas—y luego repitió las palabras mágicas para abrir nuevamente la puerta: “¡Ábrete, sésamo!” Una vez fuera de la cueva, dijo: “¡Ciérrate, sésamo!” Y la puerta sobre la roca se cerró.

Alí Babá regresó corriendo a casa. Para su pobre mujer, unas pocas bolsas de monedas significaban un gran tesoro. “Déjame pesar el dinero para ver cuánto tenemos”, le pidió a su esposo.

“Sólo asegúrate de guardar bien nuestro secreto”, le respondió Alí Babá.

La esposa corrió hasta la casa de Cassim para pedirle prestada una balanza para pesar las monedas.

“Qué necesitará pesar mi pobre cuñada”, se preguntaba la esposa de Cassim, así que, disimuladamente, puso un poco de cera en el fondo de la balanza. Cuando la esposa de Alí Babá devolvió la balanza, había una brillante moneda de oro adherida a la cera. “¡Tanto oro tienen, que necesitan pesarlo!” exclamó Cassim cuando supo lo ocurrido.

Cassim era un hombre rico, pero también envidioso. A la mañana siguiente, muy temprano, fue a casa de su hermano a exigirle que le dijera de dónde provenía la moneda de oro. Alí Babá le contó toda la historia, y Cassim decidió ir y sacar algún tesoro para él mismo.

Al llegar al lugar, Cassim se acordó de decir: “¡Ábrete, sésamo!” Para su regocijo, la puerta se abrió completamente, dejando ver las bolsas con los tesoros y los montones de

monedas. Cassim llenó diez bolsas lo más que pudo, pero tanta era su excitación, que olvidó cuáles eran las palabras mágicas. “¡Ábrete, cebada!” gritaba; “¡Ábrete, avena!”, pero nada pasaba. Así, se quedó encerrado dentro de la cueva del tesoro.

A mediodía los ladrones regresaron a su cueva. Dijeron las palabras mágicas y la puerta de la roca se abrió. Cassim trató de ocultarse, pero no pudo escapar de los cuarenta ladrones, quienes lo mataron y cortaron su cuerpo en cuatro partes, colgándolas dentro de la misma cueva.

Ya en la noche, la esposa de Cassim estaba preocupada de que éste no regresara. Alí Babá sabía dónde encontrar a su hermano, así que fue hasta la cueva y dijo las palabras mágicas: “¡Ábrete, sésamo!” Al entrar supo que sus peores temores se habían cumplido. Envolvió los restos de su hermano en una tela, puso la alforja sobre el lomo de la mula, la cubrió con ramas y regresó a casa de su hermano.

Cassim y su esposa tenían una esclava joven e inteligente, llamada Morgana. Cuando supo lo que había llevado Alí Babá a casa, aceptó ayudarlo a guardar el secreto. Acudió corriendo donde el boticario, pidiéndole una medicina muy fuerte. “Mi amo está agonizando”, le dijo. “Ya no puede comer ni hablar.” Habiendo escuchado esto, a nadie le sorprendió enterarse, a la mañana siguiente, que Cassim había fallecido y que Alí Babá, su hermano, se había mudado a su casa para acompañar a la viuda y hacerse cargo de unos negocios que su hermano había dejado pendientes.

Morgana consideraba ahora a Alí Babá su amo y estaba dispuesta a ayudarlo a llevar a cabo su plan. Así, fue donde el zapatero remendón y le puso en la mano dos piezas de oro. “Tengo un trabajo para ti, pero deberás guardar el secreto”, le dijo. Luego le vendó los ojos y lo condujo hasta la casa de Cassim. Una vez allí, le pidió que cosiera el cuerpo de Cassim, para que, al enterrarlo, nadie supiera lo que había pasado. Cuando el hombre terminó su tarea, le dio una tercera pieza de oro y lo condujo, nuevamente con los ojos vendados, de vuelta a su casa.

27 Cuando los cuarenta ladrones vieron que el cuerpo de Cassim había desaparecido, supieron que aún había alguien que conocía el secreto para entrar a la cueva. Para descubrir quién era, empezaron a buscar por todo el pueblo, persona por persona. Uno de los ladrones acertó a llegar donde el zapatero remendón, quien se encontraba trabajando al romper el alba.

“¿Cómo puedes ver lo que estás trabajando, si casi no hay luz?” le preguntó el ladrón.

“Tengo muy buena vista”, le respondió el zapatero. Y añadió: “Ayer cosí un cadáver en una habitación mucho más oscura.”

“¡Ajá!” pensó el ladrón. Y le dijo al zapatero: “Debes estar bromeando. A ver, muéstrame la casa donde hiciste tan extraño trabajo.”

“Tenía los ojos vendados, pero creo que puedo recordar el camino”, le respondió el zapatero. Y dicho esto, empezó a caminar por la calle contando los pasos, hasta que se detuvo en el escalón de la puerta de Cassim.

El ladrón le dio una pieza de oro al zapatero, le agradeció y lo envió de vuelta. Indagando entre los vecinos, el ladrón se enteró que Alí Baba había perdido a su

hermano recientemente y que había heredado grandes riquezas. El ladrón estaba seguro que Alí Babá era el hombre que había descubierto cómo entrar a la cueva, así que le hizo unas marcas de tiza a la puerta.

Pero la astuta Morgana reparó en las marcas en la puerta y pensó: “O es algún plan del enemigo para hacerle daño a mi amo, o lo ha hecho un niño por jugar. De cualquier manera, es mejor protegerse de cualquier posible enemigo.”

Tomó entonces un pedazo de tiza y marcó de la misma forma otras tres puertas de casas vecinas.

Cuando el ladrón regresó, se quedó confundido por todas las marcas de tiza que vio. Al saber esto el jefe de la banda, tuvo un arrebato de ira y mató al ladrón en el acto. Luego envió a otro de los ladrones a hablar con el zapatero, quien nuevamente señaló la casa de Alí Babá. Esta vez el ladrón marcó la puerta con tiza roja.

Pero esta vez Morgana estaba observando y lo que hizo fue marcar todas las puertas de esa calle, también con tiza roja. Por segunda vez el jefe, en furioso arrebato, mató al hombre en el acto.

Esta vez el jefe de los ladrones decidió que él mismo seguiría al zapatero; ya no le puso ninguna marca a la puerta, simplemente la observó con detenimiento para no olvidar cuál era. Luego regresó donde sus compañeros ladrones y los puso al corriente de su nuevo plan. “Traigan diecinueve mulas”, dijo. “A cada mula la cargarán con dos tinajas, lo suficientemente grandes para que un hombre quepa en ellas. Y llenen de aceite sólo una de las tinajas.” ¿Y sabes lo que hizo con las otras treinta y siete tinajas? ¡Pues hizo que los ladrones se metieran dentro de ellas!

El jefe de los ladrones condujo las diecinueve mulas, que cargaban las treinta y ocho tinajas, directo hacia la puerta de Alí Babá. “Señor, tengo aceite para vender mañana en el mercado”, le dijo a Alí Babá. “¿Podría pasar la noche acá?” Alí Babá aceptó y le dijo a Morgana que llevara al hombre a una habitación y que le diera de comer. Mientras el hombre iba pasando junto a las mulas, les murmuraba disimuladamente a los ladrones: “Regresaré a la medianoche. Salgan cuando escuchen mi voz.”

Morgana estaba preparando la comida para el extraño, cuando se le apagó la lámpara. “Sólo necesito un poquito de aceite para la lámpara, lo suficiente para terminar de cocinar”, se decía. “Puedo prestar un poquito de las tinajas del extraño.”

Entonces salió y con cautela abrió la primera tinaja. Al hacerlo, oyó una voz que murmuraba: “¿Ya es la hora?”

“No, todavía no, ten paciencia”, le respondió la joven, asombrada. Y se fue de tinaja en tinaja, oyendo una voz en cada una de ellas y respondiéndoles de la misma manera, hasta que finalmente llegó a la tinaja que contenía el aceite. La astuta chica regresó a su cocina y encendió la lámpara, y luego hizo un gran fuego de leños, sobre el cual puso un caldero negro enorme, que llenó con el aceite de la tinaja.

Luego puso a calentar el aceite y cuando éste hubo hervido, vertió un poco dentro de cada tinaja, matando uno a uno a los ladrones. Al percatarse el jefe de lo sucedido, se alejó corriendo en la oscuridad, temiendo por su vida.

Cuando Morgana le contó a Alí Baba lo que había ocurrido, él se sintió tan agradecido, que le concedió su libertad. Ella le dio las gracias, pidiéndole que le permitiera continuar viviendo con él y su familia.

Pero ese no es el final de la historia, puesto que el jefe de la banda de los cuarenta ladrones regresó al pueblo semanas después, buscando venganza. Se enteró que el hijo de Cassim era dueño de una tienda y para llegar a él trajo algunos tesoros de su cueva secreta; luego fingió ser también él un mercader. De esa manera, se hizo amigo del sobrino de Alí Babá.

Una noche, sin saber quién era en realidad el nuevo mercader, Alí Babá lo invitó a cenar. “No, muchas gracias”, le respondió el hombre. “Mi doctor dice que no debo comer sal.”

“¿Quién es ese hombre tan difícil que no come sal?” preguntó Morgana.

“Es nuestro nuevo amigo”, le contestó Alí Babá.

Pero Morgana lo miró bien y lo reconoció. Luego lo miró de más cerca y vio que entre sus ropas escondía una daga.

Sabiendo del daño que le sobrevendría a su amo, Morgana se vistió de bailarina y se ofreció para entretener al invitado después de la cena. Danzó con gracia y sentimiento y como parte del acto lanzaba al aire una daga de piedras preciosas. En cuanto el jefe de los ladrones se estiró para darle a la joven una moneda de oro, Morgana le clavó la daga en el corazón.

“¡Pero qué has hecho!” exclamó Alí Babá. “¡Has matado a mi nuevo amigo!”

“No, amo, le he salvado a usted la vida”, replicó Morgana. Entonces le abrió la túnica al muerto y así quedó al descubierto la daga que tenía oculta.

Una vez más, Morgana le había salvado la vida a Alí Babá. En vista de que ella ya gozaba de su libertad, él encontró una forma más maravillosa de agradecer a Morgana. Le dijo que se podía casar con su sobrino, quien la amaba de verdad. De esa manera, Morgana se unió a la familia de Alí Babá y compartió con ellos la riqueza de su hogar.

ILUSTRACIÓN

La caza del gran oso

Esta historia proviene de los iroqueses, nativos americanos que vivieron en la parte oriental de lo que es hoy los Estados Unidos, en lo que actualmente llamamos Nueva York, Pennsylvania y Ohio.

Había cuatro hermanos que eran cazadores. No existían cazadores tan buenos como ellos cuando de seguir un rastro se trataba. Una vez que empezaban a seguir su presa, no se rendían hasta alcanzarla.

Un día, cuando ya las noches frías retornaban, les llegó a los cuatro cazadores un mensaje. Un gran oso había aparecido en una villa cercana, y era tan enorme y poderoso,

que los habitantes de la villa pensaban que debía ser una especie de monstruo. La gente estaba muy asustada.

Los cuatro cazadores emprendieron el camino hacia esa villa, llevando sus lanzas y llamando a su pequeño perro. Mientras se acercaban, se percataron de lo silencioso que estaba el bosque. No había señal de conejos o venados y hasta las aves estaban en silencio. Encontraron el lugar donde el oso se había levantado en dos patas y arañado profundamente un pino para marcar su territorio. El más alto de los hermanos trató de tocar el arañazo más alto con la punta de su lanza.

“Es lo que la gente temía”, dijo el primero de los hermanos. “Éste que estamos por cazar es Nyah-gwaheh, un oso monstruo.”

“El Nyah-gwaheh tiene una magia especial, pero esa magia no le servirá si encontramos sus huellas”, dijo el segundo hermano.

“Siempre he escuchado eso de los ancianos”, añadió el tercero. “El Nya-gwaheh sólo puede atrapar a un cazador que no haya encontrado aún su rastro. Una vez que lo encuentras y empiezas a seguirlo, tiene que correr de ti.”

“Hermanos”, dijo el cuarto de los hermanos, que era el más gordo y perezoso, “¿trajimos suficiente comida? Puede que nos tome mucho tiempo cazar a ese gran oso. Yo ya estoy sintiendo hambre.”

Después de un tiempo, los cuatro cazadores y su pequeño perro llegaron a la villa. La vista era desoladora: no había ni una fogata en el centro de la villa, y las puertas de todas las casas largas estaban cerradas. No había piezas de caza colgando de los bastidores, ni pieles secándose al sol. La gente se veía hambrienta.

En eso apareció el jefe de la tribu.

“Tío, hemos venido a ayudarles a librarse del monstruo”, le dijo el más alto de los hermanos.

Luego habló el hermano más gordo: “Tío, ¿hay algo que podamos comer? ¿Podemos encontrar un lugar para descansar antes de empezar a perseguir a ese gran oso?”

El segundo cazador movió la cabeza y sonrió, diciendo: “Mi hermano está bromeando, tío. Ahora mismo empezaremos a seguir las huellas de ese oso monstruo.”

“No estoy seguro de que puedan hacerlo, sobrinos”, dijo el jefe de la tribu. “Aun cuando cada mañana encontramos huellas más y más cerca de nuestros albergues, cuando queremos seguirlos, éstos han desaparecido.”

El tercer cazador se arrodilló y acarició la cabeza de su perrito. “Es porque no tienen un perro como el nuestro, tío”, dijo. Y apuntando las dos manchas negras que tenía el perrito bajo los ojos, añadió: “Cuatro Ojos puede ver cualquier huella, aún las que tienen varios días.”

“Que la protección del Creador los acompañe”, dijo el jefe de la tribu.

“Creo que primero debemos comer algo”, dijo el cuarto cazador, pero sus hermanos no le hicieron caso.

Los cuatro cazadores emprendieron la marcha, siguiendo a su perro, que mantenía la cabeza erguida, como si observara alrededor con sus cuatro ojos.

“Hermanos, ¿no creen que deberíamos descansar?” se quejaba el cazador gordo y perezoso. “Ya llevamos mucho tiempo caminando.” Pero sus hermanos no le prestaron atención. Aunque no veían ninguna huella, podían sentir la presencia del Nya-gwaheh. Sabían que, de no encontrar pronto su rastro, el monstruo los rodearía y ellos serían las presas.

El gordo decidió comer mientras caminaban, así que abrió su bolsa de pemicán y sacó las tiras de carne y bayas que había machacado con jarabe de arce y secado al sol. Pero en vez de eso, cayeron unas cosas pálidas que se retorcían. La magia de Nyah-gwaheh había convertido la comida en gusanos.

“¡Miren lo que le ha hecho ese oso a mi pemicán!” gritó el hermano gordo y perezoso. “Ahora sí me estoy poniendo furioso.”

Mientras tanto, Nyah-gwaheh se movía como una sombra gigante entre los árboles. Sus enormes dientes brillaban y sus ojos lanzaban rojos destellos. Muy pronto estaría detrás de ellos, sobre sus huellas.

Pero justo entonces el perrito alzó la cabeza y lanzó un gañido.

“¡EH-HEH!” llamó el primer hermano.

“Cuatro ojos ha encontrado la huella,” exclamó el segundo.

“Tenemos la huella de Nyah-gwaheh”, dijo el tercer hermano.

“¡Oso grande, ahora sí estamos tras de ti!” gritó el hermano gordo y perezoso.

Por primera vez el corazón del gran oso se llenó de temor y se echó a correr. Al salir de su escondite entre las pinos, los cuatro cazadores lo vieron, como una figura gigantesca, tan blanca, que parecía casi desnudo. Las zancadas del oso eran más largas y ligeras que las de un venado. Pero los cazadores y su perrito eran igualmente ligeros. Las huellas los condujo a través de pantanos y matorrales. Para los cazadores era fácil seguir el rastro del oso, puesto que éste, en su carrera, hacía todo de lado, tumbando incluso árboles muy grandes. Llegaron a una montaña y siguieron las huellas que iban más y más arriba, logrando echar un vistazo a su presa de vez en cuando, en la siguiente subida.

Pero el cazador perezoso se estaba cansando de correr, por lo que fingió caer y torcerse el tobillo. “Hermanos, me he torcido el tobillo”, les dijo. “Tendrán que cargarme.”

Sus hermanos hicieron lo que les pedía; dos de ellos lo cargaban mientras que el tercero cargaba su lanza. Ahora corrían más despacio, pero no se quedaban muy atrás. El día se hizo noche, pero aún en la oscuridad ellos podían ver la blanca figura que iba delante. Ahora estaban en la cima de la montaña. El oso estaba cansándose, pero también los cazadores. Cuatro Ojos, el perrito, corría a poca distancia del gran oso, casi rozando su cola mientras corría.

El hermano gordo y perezoso les pidió que lo bajarán. “Creo que mi pierna ha mejorado”, les dijo. Estando fresco y descansado, partió a correr delante de los otros. Justo en el momento en que el gran oso se volteaba para morder al perrito, el gordo arrojó su lanza directo al corazón de Nyah-gwaheh. El monstruoso oso cayó muerto.

Cuando los otros hermanos llegaron, el gordo había encendido una fogata y estaba cortando al oso.

“Vengan, hermanos”, les dijo. “Vamos a comer. Todas esta carrera me ha abierto el apetito.”

Se pusieron a cocinar la carne del gran oso; las gotas de grasa crujían al caer al fuego. Comieron tanto, que hasta el hermano más gordo y perezoso se recostó, satisfecho. Fue entonces, sin embargo, que el primer hermano miró hacia abajo.

“¡Hermanos, miren para abajo!” exclamó el segundo hermano.

“No estamos en la cima de una montaña”, dijo el tercero. “Estamos en lo alto del cielo.”

Abajo de ellos, miles de luces centellaban en la oscuridad. El gran oso había sido ciertamente mágico, y ellos lo habían seguido hasta los cielos.

Justo entonces su perrito lanzó un par de aullidos. Allí donde habían apilado los huesos que sobraron de su banquete, el oso estaba volviendo a la vida. Se irguió sobre sus patas y empezó a correr nuevamente, con el perro siguiéndole los talones.

Cogiendo sus lanzas, los cuatro cazadores empezaron a perseguir otra vez al gran oso a través de los cielos.

ILUSTRACIÓN

Y así sucedió, tal como los antiguos lo dijeron y así continúa sucediendo. Cada otoño, los cazadores vuelven a emprender la persecución del gran oso a través de los cielos y finalmente lo matan. Mientras lo cortan para comer su carne, la sangre del oso se derrama desde el cielo y colorea de escarlata las hojas del arce. Y al cocinar su carne, la grasa que gotea hace que el pasto se torne blanco.

Si en las noches en que la estación cambia observas el cielo, puedes leer esta historia. El gran oso es la silueta de lo que llamamos la Osa Mayor, que gira alrededor de la Estrella Polar. Durante el verano puedes ver a los cazadores y a su perrito (al que apenas se distingue), en el mango de la Osa Mayor, corriendo tras el gran oso. Al llegar el otoño, la constelación parece darse vuelta arriba; es entonces, dicen los viejos, cuando el cazador perezoso mata al oso. Según como transcurre la luna (que es la manera en que los antiguos se refieren a los meses que pasan), la constelación se va dando vuelta. El oso se yergue sobre sus patas y la persecución empieza otra vez.

Lo que se fue, se fue

Esta historia proviene de Bohemia, que estaba ubicada en la República Checa, en Europa Oriental. Algunas veces se le llama “La historia del hombre que quiso hacer las tareas domésticas.”

ILUSTRACIÓN

Había una vez un hombre llamado Fritzl, que tenía una esposa llamada Liesi. Tenían una hijita de nombre Kinndli y un perrito, Spitz. Tenían una vaca, dos cabras, tres

cerdos y una docena de gansos. Vivían en un pedazo de terreno y era allí donde ambos trabajaban.

Fritzl se encargaba de arar la tierra, sembrar las semillas y cortar la maleza. También tenía que cortar el heno y rastrillarlo, para ponerlo a secar al sol, en atados.

Liesi tenía que limpiar la casa, preparar la comida, batir la mantequilla, y además se encargaba de cuidar a la bebé. Ambos trabajaban muy duro, pero Fritzl siempre pensaba que era él quien más trabajaba. Un día, al volver del campo al anochecer, se sentó y dijo: “¡Hu! Qué poco sabes tú, Liesi, de lo que es el trabajo de un hombre.”

“El mío no es nada fácil”, dijo Liesi.

“No es nada fácil”, repitió Fritzl. “Si todo lo que haces es dar vueltas por la casa y haraganear un poco.”

“Ah, si eso es lo que piensas”, le dijo Liesi, “cambiaremos papeles mañana. Yo haré tu trabajo y tú puedes hacer el mío.”

Y así, al día siguiente, cuando despuntó el alba, ya Liesi andaba cruzando los campos. Y Fritzl, ¿dónde estaba? En la cocina, friendo una sarta de jugosas salchichas y perdido en agradables pensamientos.

“Un jarro de sidra de manzana vendría muy bien con mi salchicha”, pensaba. Bajó a la bodega, donde había un gran tonel lleno de sidra.

Pero, ¡Hey! ¿Qué era ese ruido en la cocina? Cuando Fritzl llegó a lo alto de la escalera, alcanzó a ver al perro Spitz saliendo a la carrera de la cocina, llevándose la sarta de jugosas salchichas.

“Lo que se fue, se fue”, dijo Fritzl, encogiéndose de hombros.

Pero ahora ... ¡la sidra! ¿Había vuelto a poner el corcho en el tonel? Con pasos rápidos Fritzl fue a ver, pero ya era demasiado tarde. La sidra se había derramado por toda la bodega.

“Lo que se fue, se fue”, dijo Fritzl, rascándose la cabeza.

Era hora de batir la mantequilla. Fritzl llenó el recipiente con una buena y rica crema, lo puso bajo un árbol y empezó a batir con todas sus fuerzas. Su pequeña Kinndli estaba ahí afuera, jugando Vaca-Muuu entre las margaritas. “Esto sí que es agradable”, pensó Fritzl. “Pero ... ¿y la vaca? Me olvidé por completo de la vaca esta mañana.”

A grandes pasos Fritzl corrió al establo, llevando un cubo de agua fresca para la vaca. El pobre animal estaba tan sediento que la lengua le colgaba fuera del hocico. También tenía hambre y Fritzl la sacó del establo para llevarla a pastar a la pradera.

ILUSTRACIÓN

Pero entonces Fritzl se acordó de Kinndli. Seguramente que ella se metería en problemas si él se iba hasta la pradera. Mejor sería mantener a la vaca sobre el techo. La casa de Fritzl no estaba techada con tejas ni hojalata, y tampoco con losetas; estaba cubierta de musgo y grama y sobre ella crecía una fina capa de césped y flores. Como la casa estaba construida justo al lado de una pequeña colina, a Fritzl se le ocurrió llevar a la vaca a lo alto de la colina, sobre el techo de su casa. La vaca se puso a pastar enseguida

y Fritzl regresó a seguir batiendo la mantequilla.

Pero, ¡Uff! Kinddli estaba trepándose a la mantequera y ésta ¡se estaba volcando! Ahora la niña estaba tumbada en la yerba, toda cubierta de crema y mantequilla a medio batir.

“Lo que se fue, se fue”, dijo Fritzl, parpadeando sus ojos azules.

ILUSTRACIÓN

El sol brillaba en lo alto del cielo: ya era mediodía y no estaba hecha la comida. Fritzl salió corriendo a la huerta. De allí recogió papas y cebollas, zanahorias y coles, remolachas y habichuelas, nabos, perejil y apio. “Con esto haré una buena sopa”, dijo, pero no pudo cerrar la reja al salir porque tenía los brazos llenos de vegetales. Se sentó luego en la cocina y empezó a cortar y picar. ¡Vaya si estaba trabajando!

Pero de pronto oyó un fuerte ruido sobre la cabeza. “Esa vaca”, pensó. “Se está resbalando del techo. Podría soltarse y romperse el cuello.”

Y una vez más subió Fritzl al techo, pero ahora llevaba una gruesa sogá atada en lazos. Cogió uno de los extremos de la sogá y ató a la vaca por el centro de su cuerpo. El otro extremo lo lanzó hacia la chimenea, dejándolo caer hacia abajo. Después tomó ese extremo y se lo ató a la cintura. “Esto evitará que la vaca se caiga del techo”, dijo riendo entre dientes.

De vuelta en la cocina, apiló leña en la chimenea y puso sobre ella una olla enorme con agua. “Pronto tendremos abundante y buena sopa”, pensó. Puso los vegetales y enseguida el tocino. Luego empezó a prender el fuego, pero no llegó a hacerlo, porque justo en ese momento sonó un porrazo y un trastazo: la vaca se había caído por el borde del techo y había jalado a Fritzl, quien ahora estaba colgado dentro de la chimenea. Y ahí se quedó el pobre, bamboleándose, sin poder subir y sin poder bajar.

ILUSTRACIÓN

No mucho después llegó Liesi del campo a la casa. Pero ... ¡vaya! ¿Qué era eso que colgaba del techo? Era la vaca, medio asfixiada, con los ojos salidos y la lengua afuera. Liesi cortó la sogá y dejó bajar a la pobre vaca.

Luego Liesi vio que la puerta de la huerta estaba abierta de par en par. Allí encontró a los chanchos, a las cabras y a los gansos también, todos llenos y a punto de reventar, pero de la huerta ... ¡nada! Estaba vacía.

Liesi siguió caminando y vio la mantequera volcada y a Kinddli en el sol, tiesa y pegajosa por la crema y la mantequilla secas.

Luego Liesi corrió y vio que Spitz, el perro, estaba tumbado sobre el pasto, lleno de salchichas y que no se veía muy bien.

Entonces Liesi vio el sótano. La sidra que se había derramado llegaba hasta la mitad de las escaleras.

Y después la cocina. El piso estaba lleno de cáscaras y había ollas y sartenes en completo desorden.

Al final Liesi se fijó en la chimenea. ¡Rayos! ¿Qué era lo que había dentro de la olla de sopa? Dos brazos que se agitaban, dos piernas que pataleaban y un débil murmullo que salía del agua.

¿Qué significa esto?” gritó Liesi. Pobre Fritzl; en cuanto Liesi cortó la sog a que ataba a la vaca, él se había caído por la chimenea—¡crash! ¡splash!—directo en la olla de sopa.

Liesi jaló y jaló con fuerza, y allí, chorreando y balbuceando, con una hoja de col en la cabeza, apio en el bolsillo y una ramita de perejil en la oreja, estaba Fritzl.

“¿Es así como te haces cargo de la casa?” le preguntó Liesi.

“Oh, Liesi”, farfulló Fritzl. “Tenías razón. Este trabajo tuyo no es nada fácil.”

“Al principio es difícil, pero mañana lo harás mejor.”

“Nada, nada”, exclamó Fritzl. “Lo que se fue, se fue, como mi trabajo doméstico de ahora en adelante. Por favor, Liesi, deja que vuelva a mi trabajo en los campos y nunca más diré que mi trabajo es más duro que el tuyo.”

“Si esa es tu promesa, seguramente podemos vivir en paz y felices para siempre”, respondió Liesi.

Y así vivieron.

La pequeña vendedora de fósforos

Este es uno de los ampliamente conocidos cuentos de Hans Christian Andersen, que vivió en Dinamarca durante los años de 1800.

Era una noche terriblemente fría y oscura: la última de aquel año viejo. La nieve caía rápidamente y aún en ese frío, una pobre niña, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, vagaba por las calles.

Si bien es cierto que llevaba puestas unas chancletas al salir de casa, éstas no le fueron de mucha ayuda. Habían sido de su madre y le quedaban tan grandes, que al cruzar una calle tratando de evitar los carruajes, las había perdido. Encontró una de ellas, pero un chico cogió la otra y se alejó corriendo. Y así siguió la pequeña, con sus pequeños pies desnudos azules por el frío.

En un viejo delantal ella llevaba fósforos y sostenía un paquete en las manos. En todo el día nadie le había comprado ni un paquete. Tiritando de frío y hambre, se deslizaba solitaria. Copos de nieve caían sobre su cabello, que se desparramaba sobre sus hombros en adorables rizos.

Las luces brillaban en todas las ventanas y un fino aroma a pavo asado se sentía en el aire. La niña recordó que era la víspera del año nuevo. Se acurrucó entre dos casas, pero no podía evitar el frío. No se atrevía a volver a su casa porque no había vendido ni un fósforo y no tenía ni una moneda que llevar. Su padre seguramente le pegaría. Además, en la casa hacía casi tanto frío como en la calle, porque el viento se colaba a pesar de que los agujeros en las paredes y ventanas habían sido cubiertos con paja y trapos.

Sus manitas estaban casi congeladas. Si encendiera un fósforo, tal vez se le calentarían los dedos. Sacó uno y ¡SCRATCH! lo encendió. ¡Cómo chisporroteaba el fósforo al consumirse! La niña lo sostenía frente a sí y éste irradiaba una luz cálida y brillante, como la de una vela. Era en verdad una luz maravillosa. A la niña le pareció estar sentada frente a una gran estufa de hierro con brillantes patas y adornos de bronce pulido. Le pareció sentir que emanaba un calor tan agradable, que estiró los pies como para calentarlos. Pero entonces la llama se apagó, la estufa se desvaneció y a la niña sólo le quedó el fósforo quemado en la mano.

Frotó entonces otro fósforo contra la pared y éste se encendió. Donde alumbraba su luz, la pequeña pudo ver a través de la pared una mesa cubierta con un mantel blanco como la nieve, con espléndidos platillos y un humeante ganso asado relleno de manzanas y ciruelas. Y lo más maravilloso fue que el ganso saltó del plato con un cuchillo clavado en la pechuga y, bamboleándose por el piso, llegó hasta donde estaba la niña. Pero en ese momento, el fósforo se apagó y ante ella no quedó nada más que la fría pared.

Nuevamente encendió un fósforo y se vio sentada bajo un árbol de navidad, con miles de velas y deslumbrante decoración. La pequeña estiró la mano; en ese momento, el fósforo se apagó.

En eso, las luces navideñas empezaron a elevarse hacia el cielo. Tanto se elevaron, que a la niña le parecieron las estrellas del firmamento. Luego vio que una estrella caía, dejando atrás una estela de fuego. “Alguien está muriendo”, pensó la niña, pues su abuela, la única persona que la había amado y estaba ahora muerta, le había enseñado que cuando una estrella cae, es porque un alma está camino al cielo.

ILUSTRACIÓN

La pequeña encendió otro fósforo y la luz brilló a su alrededor. Ahí, en medio del resplandor, estaba su abuela, clara y brillante, cálida y amorosa.

“Abuelita”, exclamó la niña, “sé que tú también te desvanecerás como la tibia estufa y el ganso asado y como el árbol de navidad. Llévame contigo.” La niña se apresuró a encender todo el manojo de fósforos, los que brillaron con más intensidad que la luz del sol y su abuelita se vio más hermosa que nunca. Tomó a la pequeña en sus brazos y ambas volaron hacia la luz y la felicidad, más allá de la tierra, donde no existe el frío, ni el hambre, ni el dolor.

Al amanecer del día siguiente, la niña yacía allí, con las mejillas pálidas y una sonrisa en el rostro, recostada contra la pared. Había muerto congelada en la última noche del año viejo. Ahora, el sol del nuevo año que despuntaba, brillaba sobre ella. La pequeña niña seguía sentada, con la rigidez de la muerte, sosteniendo un atado de fósforos.

“Estaba tratando de calentarse”, decían algunos. Nadie podía imaginar las maravillosas visiones que ella tuvo, ni la gloria a la que había llegado con su abuelita, en la víspera de aquel año nuevo.

La gente podía volar

Esta historia era contada entre los esclavos afroamericanos, mucho tiempo antes de que alguien la escribiera.

Ellos afirmaban que esta gente podía volar. En África, hace mucho tiempo, algunos pronunciaban unas palabras mágicas que los hacía elevarse por los aires como cuervos, agitando sus negras alas. Decían que cuando esta gente fue llevada en barcos como esclavos, tuvieron que replegar sus alas. En aquellas atestadas embarcaciones no había lugar para volar. Y decían también que cuando esta gente fue puesta en los campos, perdieron la libertad de desplegar sus alas. Ni siquiera podían imaginarse volando.

Pero no todos olvidaron las mágicas palabras.

Una tarde el sol quemaba tanto, que parecía que les iba a chamuscar el cabello. Habían estado recogiendo algodón desde el amanecer, sin descansar. Sarah, una mujer joven que llevaba a su niño en la espalda, se estaba sintiendo tan agotada, que se desmayó.

“¡Vuelvan al trabajo! No hay tiempo para descansar”, gruñía el capataz.

Todos los demás esclavos pararon para mirarlo. Tambaleante, Sarah se incorporó con su niño en la espalda y comenzó a recoger de nuevo. Pero se cayó otra vez. El capataz le lanzó un latigazo, y Sarah se levantó por segunda vez.

De entre las hileras de algodón surgió un anciano que se acercó a Sarah. Miró a ambos lados y luego le dijo algo al oído. Sarah miró en ambos sentidos y pasó el mensaje. El murmullo pasaba de esclavo a esclavo, tan suavemente como una brisa y el capataz nunca lo notó. Los esclavos seguían trabajando.

Pero en eso, el bebé de Sarah empezó a gemir y a llorar y ella se detuvo para calmarlo. El capataz cabalgó hacia ella y en el preciso momento en que iba a descargarle su látigo en la espalda, el anciano gritó esas palabras mágicas, que recordaba de mucho tiempo atrás.

Ante esas palabras, Sarah se empezó a elevar. Abrió los brazos; los sentía como si fuesen alas. Se elevó como un águila sobre el látigo del capataz.

Dando giros con su caballo, el capataz vociferó: “¿Quién gritó? ¿Qué dijo?” Todos los demás esclavos se mantenían callados y seguían trabajando, pero ellos sabían que Sarah había volado hacia la libertad.

El sol quemaba tanto, que otros empezaron a caer. Él iba a estrellar su látigo contra uno de los hombres, pero antes que le cayera, sonó otra vez el grito. El exhausto esclavo se elevó al aire. Entonces el capataz vio a una mujer sentada, hecha un ovillo y alzó su látigo para golpearla. Una vez más se escucharon aquellas palabras mágicas y la mujer levantó vuelo.

Cada vez que un esclavo caía desmayado por el calor, el capataz alzaba su látigo. Pero cada vez que lo hacía, el esclavo se elevaba por los aires. Fue entonces que el capataz vio al anciano, con la boca ya lista para gritar.

“¡Agarren a ese viejo!” gritó el capataz, levantando el látigo.

El anciano miró al capataz directo a los ojos. “¡Ahora!” fue todo lo que dijo. Ante esa única palabra, toda la gente hizo una rueda y se tomó de las manos. Recitando las palabras mágicas, todos se elevaron lentamente, volando por encima de los campos, lejos del alcance del capataz.

Dicen que esos esclavos volaron de vuelta al África. Nosotros no lo sabemos, realmente. Pero sí recordamos y aún hoy contamos esta historia a todos aquellos que intentan, en sus corazones y en sus mentes, desplegar sus alas y volar.

ILUSTRACIÓN

Tres palabras de prudencia

Esta historia proviene de la zona de frontera entre el suroeste de los Estados Unidos y México.

ILUSTRACIÓN

Había una vez tres hombres que vivían en el campo. Dos de ellos tenían familias numerosas y el tercero sólo tenía a su esposa y un hijo que quería ser sacerdote. A pesar del número de bocas que alimentar, sus cosechas decaían año tras año. Sus familias estaban hambrientas, por lo que decidieron ir a buscar trabajo a la ciudad.

A pocas millas del pueblo encontraron a un anciano que les preguntó si podía hacer el viaje con ellos. Ellos le preguntaron si sabía hacer algún trabajo y el anciano les respondió: “Durante toda mi vida he juntado montones de oro. Yo no tengo familia, así que lo compartiré con ustedes. Pueden escoger entre mis monedas o mi dorada prudencia.” Los dos hombres que tenían una familia numerosa pidieron el dinero, pero el que tenía poca familia pidió la prudencia.

El anciano dividió sus monedas de oro entre los dos primeros. Al tercero le dijo: “Estas son mis palabras de prudencia: No tomes atajos. No preguntes sobre lo que no te concierne. Y no llegues a conclusiones apresuradas.”

Los dos hombres increparon a su amigo por su estupidez. “Con prudencia no puedes alimentar a tu familia”, le dijeron y los tres emprendieron el camino a casa.

Estando en el camino principal, decidieron tomar un atajo por el bosque. El tercer hombre dijo: “¿Recuerdan lo que dijo el anciano? *No tomen ningún atajo.*” Pero los otros dos lo ignoraron y se internaron por el bosque. Allí fueron atacados por unos bandidos que les quitaron su dinero y también la vida.

Ignorante de la suerte que habían corrido sus amigos, el tercer hombre siguió su viaje a la ciudad. Al caer la noche llegó a un inmenso rancho donde vivía un ranchero, ansioso de tener buena compañía.

¡Que festín le ofreció al hombre! Nuestro viajero nunca en su vida había visto tan succulenta comida; las frutas parecían gemas. Las velas destellaban en lo alto. Cuando se llevaba a la boca el último y dulce bocado, nuestro viajero empezó a preguntarse de

dónde vendrían tales riquezas, pero casi enseguida recordó las palabras del anciano: No preguntes sobre lo que no te concierne, y se quedó callado.

El rancharo se dio cuenta que su huésped se había tragado su pregunta. Al levantar la cubierta del último plato del banquete, quedó al descubierto la cabeza de un hombre. “Eres muy prudente”, le dijo, “porque esto es lo que le pasó al último hombre que preguntó cómo hice mi fortuna. Durante toda mi vida he esperado a que alguien me acepte como soy, que comparta lo que le ofrezco sin preguntar cómo lo obtuve. Ahora que veo lo prudente que eres, lo compartiré gustosamente contigo.”

Luego, el rancharo llevó a nuestro viajero hacia la ventana, al tiempo que le decía: “Todo esto y todo aquello que vive y crece acá, es para que lo uses cada vez que te encuentres en necesidad.”

A la mañana siguiente, nuestro viajero se despertó y encontró una carreta y un burro cargados de más comida y dinero de lo que nunca hubiera pedido. Estaba muy ansioso de volver a casa.

Queriendo dar una sorpresa a su esposa y a su hijo, se acercó sigilosamente a su casa. Se asomó por la ventana y lo que vio casi lo mata de la rabia. ¡Su esposa estaba abrazando a un sacerdote! Empezó a gruñir de ira, pero entonces se acordó de las palabras del anciano: *No llegues a conclusiones apresuradas.*

Tratando de calmarse, tocó a la puerta. Su esposa giró a donde estaba el sacerdote y le dijo: “Tal vez sea tu padre.” Durante la larga ausencia del viajero, su hijo se había convertido en sacerdote.

Nuestro viajero saludó a su familia como lo haría un hombre prudente y los tres vivieron felices para siempre.

Guillermo Tell

Por mucho tiempo, la gente de Suiza ha contado esta leyenda. Nadie sabe si Guillermo Tell realmente existió. Su historia podría ser una manera de narrar una verdadera rebelión que tuvo lugar alrededor del año 1300.

Hace muchos años vivió un hombre cruel llamado Gessler, que gobernaba a los habitantes de Suiza. Les imponía fuertes tributos y nadie podía comprar o vender algo, a menos que el gobernador recibiera parte del dinero. Mucha gente que no había hecho nada malo era puesta en prisión para purgar largas condenas. La población estaba muy descontenta.

Un día, Gessler hizo poner un poste muy alto en la plaza pública del pueblo llamado Altdorf. En lo alto del poste hizo poner una gorra suya, anunciando que todos los ciudadanos debían descubrirse la cabeza cuando pasaran por la gorra, de lo contrario serían condenados a morir. Los guardias vigilaban en la plaza día y noche, para asegurarse que esa orden se cumplía.

En una villa no muy lejana vivía un famoso cazador de nombre Guillermo Tell. Nadie

en esa tierra podía disparar con el arco y la flecha como él lo hacía.

Una mañana, Tell llevó a su pequeño hijo, Walter, con él a Altdorf para hacer unos negocios. Él había oído noticias sobre la orden de Gessler, pero no podía aceptar tener que descubrirse la cabeza ante una gorra que coronaba un poste.

“¡Quítate el sombrero e inclínate!” le ordenó uno de los guardias.

“¿Por qué debo yo inclinarme ante una gorra en un poste?” preguntó Guillermo Tell.

ILUSTRACIÓN

“Este hombre no se quiere descubrir la cabeza cuando pasa delante de su gorra”, le informaron los guardias a Gessler.

“Se dice que eres el mejor tirador de las montañas”, le dijo Gessler a Guillermo Tell. “Voy a idear un castigo para ti.” Dicho esto, envió a un soldado al huerto por una manzana. “Coloca esta fruta sobre la cabeza de tu hijo”, le dijo Gessler. “Luego aléjate cien yardas y dispárale a la manzana con tu arco y tu flecha.”

Tell le rogó al tirano que le impusiera otro castigo.

“¡Obedece mi orden!” rugió Gessler.

Walter tomó su lugar, con la manzana sobre la cabeza. Tell sacó una flecha de su carcaj; lentamente acomodó la flecha en el arco y lo levantó hasta su hombro.

“Dispara, papá”, dijo el pequeño Walter con firmeza. “Yo no tengo miedo. Me estoy quedando quieto.”

Tell jaló la cuerda de su arco y ¡ping! La flecha voló a través del aire y fue a dar directo a la manzana, que cayó al piso partida en dos pedazos. La gente que observaba gritó de júbilo.

Cuando Guillermo Tell corría a abrazar a su hijo, de su abrigo cayó otra flecha.

“¿Qué planeabas hacer con esa segunda flecha?” le preguntó Gessler furioso.

“¡Esta flecha era para tu corazón, tirano!” Guillermo Tell respondió: “Si hubiera lastimado a mi adorado hijo, puedes estar seguro que no habría fallado por segunda vez.”

Dice la leyenda que en años venideros Guillermo Tell sí llegó a atravesar el corazón de Gessler con una flecha, liberando a la gente de Suiza del tirano.

ILUSTRACIÓN

La orilla del río

(adaptado del original de Kenneth Grahame)

Este episodio de El viento en los sauces te dará una muestra del maravilloso libro escrito por Kenneth Grahame, publicado en 1908. Grahame nació en Escocia en 1859. Trabajó como banquero y vivió casi toda su vida en Inglaterra. Si disfrutas de esta historia, te gustará todo el libro, que está lleno de extravagantes animalitos del campo inglés, incluyendo al Sapo, quien adora su veloz auto.

El topo había estado trabajando muy duro toda la mañana, haciendo una limpieza de primavera en su pequeña casa. La primavera ya se sentía arriba en el aire y en la tierra debajo y alrededor de él, penetrando hasta en su oscura y profunda casita.

Pero repentinamente, salió impulsado fuera de la casa sin siquiera ponerse su chaqueta. “Limpieza de primavera suspendida”, dijo. Algo allá arriba lo llamaba y él se puso a hacer por la pendiente un pequeño túnel. Con sus patitas arañó y escarbó arduamente, murmurando para sí mismo: “¡Vamos hacia arriba!”, hasta que por fin ¡pop! su hocico salió a la luz del sol y se encontró de pronto rodando sobre el tibio pasto de una gran pradera.

Los rayos del sol calentaban su piel y suaves brisas acariciaban su acalorada frente; el coro feliz de las aves sonaba ya como una aclamación. Pensaba que su felicidad era completa, cuando de repente se detuvo al borde de un río de mucho caudal. Nunca antes en su vida había visto un río. Estaba encantado, fascinado. Se puso a trotar a lo largo del río y cuando al fin se cansó, se sentó en la orilla, mientras el río aún parloteaba.

Llamó su atención un oscuro agujero en la orilla opuesta, justo sobre el borde del agua. Al mirar con atención, algo pareció parpadear en el fondo, luego se desvaneció y parpadeó otra vez como una estrellita. Siguió mirando y nuevamente le parpadeó, así que se convenció de que se trataba de un ojo; luego, gradualmente fue apareciendo una carita que lo rodeó, al igual que un marco rodea una foto.

Era una carita marrón con bigotes.

Pequeñas y lindas orejas y un grueso y sedoso pelo.

¡Era la rata de agua!

ILUSTRACIÓN

“¿Te gustaría venir?” le preguntó la rata. Y enseguida se inclinó hacia adelante, desató una soga y la jaló, subiéndose a un botecito que tenía el tamaño justo para dos animales.

“¡Y ahora, súbete aprisa!” dijo la rata y el topo, para su sorpresa, se encontró de pronto en la popa de un bote de verdad.

“¿Sabes que nunca antes en mi vida he subido a un bote?” dijo el topo.

“¿Qué?” exclamó la rata. “¿Qué has estado haciendo, entonces? Créeme, mi joven amigo, no hay *nada*, absolutamente nada, que valga tanto la pena hacer, que simplemente dar vueltas por ahí en un bote.”

“¡Mira adelante, rata!” gritó de pronto el topo.

Pero ya era demasiado tarde. El barco golpeó la orilla, quedando totalmente inclinado. El jubiloso remero quedó tirado de espaldas en el fondo del barco, con los talones hacia arriba. Pero la rata se levantó con una sonora carcajada; amarró el bote a su muelle, trepó a su agujero y reapareció a los pocos minutos con una lonchera bien grande.

“Empuja esto bajo tus pies”, le dijo al topo. Luego desató el bote y tomó su remo nuevamente.

“¿Qué hay adentro?” preguntó el topo.

“Allí hay pollo frío”, respondió la rata; “lengua fría jamón frío carne fría ensalada de pepinillos panecillos franceses sandwichs de berro conservadecarne cerveza de jengibre limonada agua gaseosa ...”

“¡Hey, basta, basta!” exclamó el topo. “¡Eso es demasiado!”

“¿De verdad lo crees? Eso es lo que siempre llevo en estos viajecitos.”

El topo, absorbido en pensamientos sobre la nueva vida que estaba iniciando, el brillo, los aromas, los sonidos y la luz del sol, arrastró una pata en el agua y por un rato estuvo soñando despierto.

“¿Qué hay por ese lado?” preguntó, señalando con una pata.

“¿Eso? Ah, ése es el bosque silvestre”, respondió la rata. “Nosotros, los de la orilla, no vamos mucho por ahí.”

“¿Es que acaso—acaso la gente de por allí no es muy amable?” preguntó el topo.

“Bueee-no”, dijo la rata. “Las ardillas están bien. Y los conejos—algunos de ellos, porque los conejos son un grupo muy variado. Y está el Tejón. Él vive justo en el centro; no podría vivir en ningún otro lugar. ¡Querido viejo Tejón! Con él nadie se mete.”

ILUSTRACIÓN

“¿Y más allá del bosque silvestre?” preguntó el topo. “¿Donde todo es azul y oscuro?”

“Más allá del bosque silvestre viene el mundo extenso”, dijo la rata. “Y eso es algo que no debe importarnos, ni a ti ni a mí. Yo nunca he estado allí y nunca voy a ir, y tú tampoco, si tienes un poco de sentido común. Nunca más lo vuelvas a mencionar, por favor. Y ahora, ¡vamos! Al fin estamos en nuestro remanso, que es donde almorzaremos.”

La rata llevó el bote hacia un lado de la orilla, lo amarró, ayudó al topo a desembarcar y sacó la lonchera. El topo iba sacando la comida de ésta y por cada cosa que sacaba, murmuraba “¡Oh, Oh!” Cuando estuvo todo listo, la rata dijo: “Ahora sí, ¡al ataque, viejo compañero!”

El sol de la tarde iba bajando mientras que la rata remaba suavemente de regreso a casa. El topo estaba repleto del almuerzo y ya casi llegando a casa en un bote (eso era lo que él iba pensando). Empezó a sentir más y más envidia de la rata, que remaba con tanta fuerza y facilidad y él se imaginó que podría hacer lo mismo. De pronto dio un salto y cogió los remos, tan repentinamente, que tomó por sorpresa a la rata, que había estado contemplando el agua y diciéndose cosas poéticas, haciéndola caer de espaldas, con las piernas al aire por segunda vez. El topo agarró los remos con toda confianza.

“¡Detente ahí, criatura tonta!” gritó la rata. “¡No es tan fácil como parece! ¡Acabarás con nosotros!”

ILUSTRACIÓN

El topo tiró los remos de vuelta y perdió por completo el equilibrio, cayendo encima de la rata. Trató de sujetarse de un lado del bote, pero ¡splash!, éste se ladeó, terminando el topo en el río.

La rata jaló al topo fuera del agua; el pobre parecía una miserable cosita apachurrada.

Débil y abatido, el topo se sentó nuevamente en la popa del bote. “¡Raty, generoso amigo! De verdad estoy muy arrepentido por mi tonta conducta.”

“Está bien”, respondió la rata alegremente. “¿Qué es un poquito de agua para una rata de agua? Mira, la verdad, yo creo que deberías quedarte conmigo por un tiempo. Yo te enseñaré a remar y a nadar.”

El topo estaba tan sobrecogido por la manera de hablar tan amable que tenía la rata, que no podía articular palabra; tuvo que limpiarse una o dos lágrimas con el dorso de una pata. Cuando llegaron a casa, la rata encendió el fuego en la sala y se puso a contarle historias sobre el río al topo, hasta la hora de la cena. El topo, muerto de sueño, tuvo que ser escoltado escaleras arriba, al mejor dormitorio; una vez allí, apoyó la cabeza sobre la almohada, lleno de paz y contento, sabiendo que su amigo recientemente encontrado, el río, susurraba en el antepecho de la ventana.

Según como pasaba la primavera y llegaba el verano, los días se hacían más largos y llenos de cosas interesantes. El topo aprendió a nadar y a remar y poniendo su oído en los tronquitos de caña, alcanzó a oír algo de lo que el viento susurraba sin parar en los carrizos.